

y animales enemigos nuestros, en la Nueva España y Perú, viniesen por tierra firme y seguida desde el Septentrion y Europa hasta estas Indias: y desde Tartaria, segun cómputos meridianos, que hacen tres mil ciento y cincuenta leguas, que caminando cada dia siete leguas se pudieron poner en Lima en cuatrocientos cuarenta dias, que hacen un año, y dos meses y medio, y cuando por los caminos y dificultades se estuvieran más, al fin por tierra y en poco tiempo pudieran llegar al Perú, y ya se ve que con más brevedad en las tierras septentrionales de la Nueva España, y poblar los tártaros hasta Chile y Cabo de Hornos.

Ahora que en estos años se han perfeccionado más los descubrimientos del Polo Artico, mediante las expediciones de los rusos por el golfo tartárico y glacial, y que navegando desde Kamtschatka hacia el Nordeste unos, y otros por el Leste, y el capitan Tschirikoff llegó con corta navegacion hasta las costas de la América, y se hizo el descubrimiento del Archipiélago del Norte, se concibe mas facil la trasmigracion de los tártaros á las tierras septentrionales de la Nueva España. Y si se considera las tierras que están al Oriente en setenta grados hacia el golfo tartárico, segun el mapa del gran geografo Bleau, y se pretende que de estas partes orientales hayan pasado los pobladores de la América por el Estrecho de Anian,

que divide el Asia de la América, y cae á los setenta grados hacia el occidente por el círculo arctico, tenemos otro tránsito para los tártaros orientales á las tierras del Norte de la gran Quivira, pues estos tártaros habitan en la parte septentrional de la Asia desde la Laguna Meotis hasta el océano oriental, y es un imperio de mucha extension. Comprende la Tartaria desierta Zagathay, que es una parte de la Scitia que circunvala el rio Imaus, el reino de Cathai y Tangut; que es la parte de Scitia, que cae fuera del rio Imaus con los países de los Seres cerca de la China: la nacion que habita estos vastos países es cruel, sanguinaria y brutal, de modo que de todos los bárbaros es la más bárbara. Es tierra continuada desde el Cathai hasta Tenduc que corresponde al Estrecho de Anian, y las costumbres de los scitias ó tártaros orientales, son semejantes á las de los indios bárbaros que pueblan la gran Quivira, como lo denota el mapamundi de Bleau en su Atlas esta expresion: *Catervatim hic homines per campos societate inita, in tenoriis, Tartarorum more, agrestem vitat degunt.* Cotéjense las costumbres de los indios papagos, cocomari copas, iumas, jaxeldunes, javipais, quemaya y demas apaches y moquinos que han reconocido en sus respectivas expediciones nuestros misioneros apostólicos, desde los confines de la Sonora hasta el Moqui,

siguiendo las vertientes del rio Colorado y Gila, y todas las regiones que hay hasta más allá del famoso Puerto de San Francisco por toda la costa del mar del Sur y gargantas de California, como por las sierras y tierras vastas desde el Puerto de la Concepcion hasta el Moqui, y Nuevo México, se verá que son unas mismas que las de los tártaros orientales, pues sabemos por las relaciones de los padres Font y Garcés, y en especial por la de este último, que no tienen principio alguno de religion todos estos indios, que forman sus naciones impropriamente, siendo más bien familias ó tribus encontradas entre si, ó amigas, segun les tiene cuenta, viviendo en pobres chozas ó toritos redondos hechos con esteras y palos, comiendo raíces de tule y de otras yerbas, y ejercitados en la caza para proveerse de carnes de venados, osos, ardillas y cualquier otro animal cimarrón que pueden alcanzar: sus incursiones son frecuentes en las tierras unos de otros, y con mas gusto y provecho en las misiones y presidios españoles para surtirse de caballada: comen carne humana de los que pueden cautivar en sus guerras; y por último, en todo se parecen á los tártaros orientales y siberios: al mismo oriente de la Tartaria, que corresponde al Poniente de la América, y al Norte del Japon, cae la tierra de *Ieso*, ó *Jeds*, ó *Eson*, que es un país muy extendido, inmediato al

Japon, que se une, segun se cree, con las partes incógnitas septentrionales de la América. El padre Colin dice, segun lo trae el padre Murillo en su Geografía (*), que en las provincias septentrionales de China se halló una vez una española casada con un soldado tártaro que decia, que navegando desde Nueva España con su marido, fué llevada por una tempestad á tierras no conocidas, y despues de varias vueltas y revueltas habian llegado allí: así lo trae en la India Sacra. Suministra esta noticia y la posicion de la tierra de *Jesso* ó *Eso*, otro camino por donde pudieron transitar algunos japones en la antigüedad por las regiones de la Quivira; bien que con la comunicacion de los tártaros siberios que confinan con esta tierra del Japon, pudieron venir los tártaros por los rumbos indicados ya, y introducir el estilo chino y geroglífico que se observa en estos indios. Esto es cuanto se puede decir en órden al tránsito de los primeros pobladores de la Nueva España, porque las transmigraciones despues fueron frecuentes, y no son del caso. Se ve claramente, cómo por el Estrecho de Davis, ó por el de Anian (que se cree imaginario porque me persuado que ha mudado de nombre, como lo vemos en lo tocante al Puerto de San Francisco que se denomina de Quivira, de Drak

(*) Murillo, Geograf. hist., lib. 3, cap. 22, de las tierras Articas.

ó entrada de Aguilar, y por allí han transitado los mismos que lo buscan) pudieron venir los tártaros, para fundar el argumento, casi cierto, que de ellos tomaron los indios su origen.

Que fuesen tártaros se prueba con una razon (que en todas edades ha sido de competente autoridad y fundamento), y es traer el mismo color, guardar las mismas costumbres, tener semejante religion y propias condiciones. Son tan parecidos los indios chilenos, y lo mismo digo de los chichimecas y demas de la Nueva España, á los tártaros, que hasta hoy conserván de todo en todo lo que los tártaros solian usar ántes de tener reyes, ni dar título de gran Cham á su emperador, y aun hoy hay tartaros que viven como sus progenitores vivieron, habiendo de estos millares de familias en varios reinos. Lo mismo tenian los indios de Nueva España y Perú antes que tuviesen gobierno monárquico. Quien leyere á Sigismundo de Herbeistein, y los Comentarios Hungáricos de Antonio Bonfino, á Josepho, á Marco Paulo Veneto, que vivió mucho entre ellos, y al cronista Fr. Ramon en sus Republicas, en la que escribe de los tártaros, y en todos los historiadores geógrafos modernos, verá que son estos indios chilenos, chichimecas, mexicanos, otomies, tarascos, etc., y los innumerables indios que habitan las cordilleras de los cerros inmensos de

ambas Américas, y los pasadizos que huyendo del trabajo de las minas y de la opresion de los corregidores y alcaldes mayores, y muchos de la doctrina, viven entre infieles, son trasladados en los rostros, en las costumbres, y semejantes en las acciones, siendo hoy por hoy lo que años despues del diluvio fueron los tártaros y japoneses, que entre nuevas costumbres que han añadido los tártaros, conservan las antiquisimas con que se estrenaron y criaron. A la letra pondré aquí lo que de varios autores sacó Ortelio, hablando de la Tartaria, y verán los que conocen indios un original en cada traslado. Los tártaros son divididos en familias, que llaman *Hordas* ó *Kankares*, que quiere decir congregacion: mas como habitan en diversas y muy distintas Provincias, así no concuerdan todos en costumbres ni en modo de vivir. Los hombres son de estatura mediana; son de color bajo: tienen la cara ancha y gorda: los ojos hundidos: las barbas ásperas: todo lo demas trasquilado: son robustos de cuerpo: saben muy bien pasar pobreza y sueño: beben sangre: no tienen asientos ciertos: andan vagamundos: viven en las campañas en pabellones y tiendas hechas de pieles de animales, sin conocimiento de alguna policia ni de algun arte, caminando con sus familias de aquí para allí: guíanse por las estrellas: no hay entre ellos justicia alguna:

son hombres inclinados á quitar, y son pobrisimos, y siempre codician las cosas ajenas; ningun uso tienen de plata ni de oro, comen poco y viven pobre. Hasta aqui es de Segismundo Hortelio. Quitando el ser atrevidos de ánimo, que lo tienen los chilenos, chichimecas y otros indios montaraces, ¿no son su retrato de éstos? no tienen mas cabeza que el mejor de cada familia, ni mas capitan que el que se elige para el suceso. Los indios tejas, y en particular los de las naciones apaches, como los tártaros, comen carne de caballo, y otros de mula, que cuecen debajo de las sillas con el sudor y movimiento de los caballos que corren á rienda suelta para este efecto: pintanse los cuerpos: cásanse con las mujeres que pueden sustentar: admiten la hermana y la madrastra: no se pueblan en ciudad, pueblo y villa: dividense por los campos, mudándose al sitio de su antojo: comen raíces: guisan yerbas y sustentanse de frutas: tratan de la pesca, y comen aves y animales que cazan, sin que el apetito invente potajes ni busquen salsa para lo más desabrido. Los tártaros, aun los de ahora, hacen un brebaje de trigo y raíces que llaman *Chimus* y *Boza*, y raros comen pan, y los indios hacen bebidas de raíces y frutas que los enfurece y los embriaga. No estiman el oro y plata, ni tienen rito, adoracion ni culto; ponderan supersticiones, y tirales la

inclinacion á los robos y crueldades, como los tártaros, quienes son naturalmente crueles, y continuamente hacen correrías en los países vecinos, en los que con su barbaridad hacen mil estragos, pues son muy dados á la embriaguez y al hurto; y en el dia su riqueza consiste en el tráfico de esclavos, que cogen en todas las provincias vecinas de Europa y Asia, y venden en Constantinopla; y dice Mallet, que en solo un año cogieron en Siberia y Moravia cincuenta mil personas. Al fin tienen en todo, sin que desdigan en una sola costumbre, la misma semejanza con los mecos, chichimecos, apaches, comanches, chilenos é indios montaraces no conquistados, con la sola diferencia de que éstos son lampiños y los tártaros no (aunque los más lo son tambien), y tienen uno que otro pelo en la barba y mejillas. Así lo afirma Tornielo en el año del mundo de mil novecientos treinta y uno.

Si se cotejan las costumbres de los groenlandios y de los isleños del archipiélago del Norte recién descubierto, se hallará un remedo de ellas en los indios de este continente de la América: observacion que servirá más y más de prueba, que los tártaros son los primeros pobladores de este nuevo mundo. Los groenlandios son pequeños de cuerpo, gordos, feos de rostro, las narices chatas, de ingenios tan cortos que, aunque

llevaron varios á la Noruega, jamás pudieron aprender la lengua del país. Andán vestidos de pieles de lobos marinos, y son muy aficionados á la caza y á la pesca. Usan de arcos y flechas, con puntas de hueso de pescado. Son groseros: beben agua del mar y no les hace daño. Los naturales de la tierra de Jesso son muy pequeños de estatura: traen la barba muy larga: dejan crecer mucho el cabello: su color es amarillo, y en todo son sucios y horribles y carecen de toda policía y gobierno: son perezosos y muy celosos de sus mujeres, y cada uno tiene dos: su alimento es pescado, yerbas, trigo y aceite de ballena. El padre Morejon, á quien repugna esta relacion de Chaigny, dice que son blancos, de mediana estatura y que manejan bien los caballos; que se cubren la cabeza por delante como los japoneses, con quienes comercian, y són idólatras como ellos. Creese que cuando se lleguen á descubrir las tierras del Norte de la Nueva España hasta los ochenta grados de latitud septentrional, se encontrarán los indios del mismo tante que estos de los pueblos groenlandios y lapones.

En quanto á los habitantes de las islas del nuevo archipiélago del Norte, no tienen la menor idea de religion, ni piensan en lo que ha de ser de ellos despues de su muerte, puesto que no

tienen idea ni noticia de la otra vida, y envueltos en las tinieblas en que viven, se ocupan únicamente en sus hechicerías. Son muy bárbaros y obstinados en sus costumbres. No consienten en ser subyugados, principalmente los habitantes de la isla Kadyaick, que es una gente enteramente desconocida hasta ahora, que en su lengua se denomina kanagista. Sus vestidos son de unas pieles de raposa, unas de color castaño-oscuro, otras casi negras, y otras rojas, como tambien de pieles de castores, de aves marinas, de rengiferos y de ratones del campo, llamados por los naturalistas *muscitellus*. En el invierno llevan en los piés una especie de zapatos grandes para libertarse de la nieve, llamados *torpasos*, que hacen de pieles de rengifero y los cosen con lo que llaman *kamisch*, que es una especie de junco, de cuyas fibras se sirven como de hilo. No usan ni medias ni calzones, pero si unos gorros que hacen de varias hechuras, á su fantasia. Todo su vestuario de los demás isleños viene á ser de pieles y plumajes de aves marinas, y principalmente se sirven para este uso de una especie de ánades que llaman *arkeas* y *toporkas*, las cuales saben coger á las orillas del mar con lazos que hacen con los tendones de la ballena y con las tripas de unos animales marinos que ellos llaman *siutscha* y *nerpa*, y son las vacas y ter-

neros marinos, cosen sus *kanleas* ó vestidos, y esto es todo lo que necesitan para vestirse. Los hombres andan vestidos de pieles varias, es á saber, de pieles y plumajes de *urillas* y *arjas*. Sus más comunes vestidos son hechos de plumas de una especie de aves marinas que llaman *tub-tani* y se cogen á centenares: tienen color encarnado muy hermoso, y son casi tan grandes como un ganso. El uril es como un género de cuervo acuátil, el cual se parece mucho á la grulla: se sorprenden con cebos á la orilla del mar. Son una especie de ánades grandes, negros y blancos, y se hallan en abundancia en los peñascos del archipiélago de las Indias. Sus pieles sirven para vestidos y peletería. Las mujeres usan los mismos vestidos que los hombres, en cuanto á la hechura, solo con la diferencia de que los de las mujeres, comunmente, los hacen de pieles de animales, y en particular de las del castor y del gato marino, y los cosen con el hilo que sacan de los nervios, como se ha dicho.

El color de estos isleños tira á bazo. Los hombres, unos se cortan el pelo de arriba de la frente; otros alrededor de la cabeza, dejando el de en medio, con el que se hacen una especie de rodete, atándolo de modo que no cuelgue: cuando les sucede algun acaecimiento funesto, le traen suelto, en señal de sentimiento. Las mujeres se

cortan igualmente el cabello de arriba de la frente, y hacen con lo restante una especie de rodete, atándolo de modo que no cuelgue, y hacen la misma muestra de sentimiento que los hombres usan en sus desastres. Para adornarse el rostro se agujeran el labio inferior, en algunas de estas islas; y así como en otros pueblos traen colgados de las orejas pendientes de pedrerías, ellos traen colgados del labio inferior varios huesecillos de animales y pájaros. En otras (y son las más) á los niños de corta edad, de ambos sexos, les horadan el labio superior bajo la ternilla de las narices para adornarle con varias piedras y huesecitos secos de peces y otros animales, y hacen tambien para las orejas pendientes de muy lindas cosas. Se pintan comunmente la cara de azul, de encarnado y de otros colores. En las llanuras de las islas tienen unas chozas cubiertas de céspedes que llaman *justas*, en que habitan. No se cuidan mucho de estar calientes, pues ni aun en el invierno suelen encender fuego. Son muy sucios y duros, pues en lo más rigoroso del invierno usan los mismos vestidos que en el verano, sin llevar calzones ni medias, ni aun enaguas; y solo cuando hace un frio extraordinario encienden un brazado de yerba gruesa marina seca, que tienen guardada para este fin, y se calientan á ese fuego los piés y piernas, y recogen el calor ahucando

el vestido hasta que se sienten bien calientes. Algunas mujeres traen sobre el vestido interior una especie de sobretodo, de pieles de castor. Los hombres tienen cada uno, según le permiten sus facultades, tantas mujeres cuantas quieren y pueden mantener. Muchas veces las cambian de diferentes maneras. Lo mismo hacen con sus hijos, mayormente con los varones, que dan en cambio de alguna cosa que les agrada. Duermen con sus mujeres en sus chozas, en donde hacen una cueva debajo de tierra, que llenan de yerba, de modo que les sirve de cama y dormitorio; pero para abrigarse cuando duermen, no se sirven de otra ropa que de sus propios vestidos. Su alimento es la carne de varios animales, que por la mayor parte comen cruda, y algunas veces la comen asada, á cuyo intento la ponen sobre palos atravesados con fuego debajo. Su ordinario sustento es pescado crudo con que se contentan, y este pescado es por lo comun lo que llaman *peltusina*, y otras especies de pecezuelos que pescan en el mar con anzuelos hechos de hueso que cuelgan de unos hilos que sacan de nervios de animales: á los pescados mayores los matan á flechazos. Salen al mar dos ó tres juntos en sus badojas, que son unos barcos hechos de las costillas de la ballena, que unen entre sí y están cubiertos con pieles de perros, vacas y

otros animales marinos, á coger los *nerpás* (beceros marinos) y castores. Con estos barcos, pero más grandes, navegan por los estrechos de una isla á otra, y pasan con sus familias de isla en isla en busca de los parajes donde la tierra les ofrece mejores alimentos. Asimismo tienen mucha habilidad para coger los peces en los rios con sus redes ó *buytrones*, tejidos de hilo de nervios, y todo el pescado que cogen lo comen crudo. Además de esto cogen bastantes gatos y perros marinos, y en los rios las nutrias, además de las raposas negras todas y pardas, y otras rojas, armiños, osos y ratones de manchas muy hermosas y semejantes á las del tigre. Se aprovechan tambien de las ballenas que arroja el mar en sus costas; mas cuando el mar tarda en arrojarles ballenas, suelen mantenerse con mariscos; y cuando no pueden salir á pescar por estar el mar alborotado, se alimentan con una especie de berza que llaman los botánicos *crambe littoralis bunias*, y de ostras. Comen tambien varias raíces, que se crían en abundancia en aquellas islas, y son las *kutagarnika*, la raíz colorada y la *sarana*. Solo esta última conocemos, que es una especie de tulipan ó lirio silvestre, cuya cebolla tiene buen sabor y una virtud corroborante. Esta planta se cria en diferentes parajes de la Siberia, y principalmente (en gran abundancia) en

las cereanías de Irkusk. Estos isleños, á modo de los tarascos, no tienen habitacion fija. Sus armas ordinarias son arcos y flechas del tamaño de vara y média: en la extremidad de las flechas ponen un hueso con várias puntas, en las cuales encajan unas piedras muy duras. Además de estas armas, usan tambien de unas lanzas de madera que llaman *kufati*. Tienen tambien lanzas y cuchillos que hacen de los huesos de rengífero, y hachas de piedra negra y dura, de la cual hacen tambien las puntas de sus lanzas. Generalmente hostilizan á todos los extranjeros que se acercan á su isla (*).

En esta conformidad, segun la calidad de tierras y con corta diferencia, fueran las costumbres de estos naturales del Nuevo-Mundo, al principio bárbaras, á los medios, políticas dadas por sus emperadores, á los fines, majestuosas por la multitud de vasallaje y abundancia de las riquezas; y siempre gentílicas, con ídolos y adoracion supersticiosa y tosca. Se haria más palpable este cotejo de usos, costumbres y modo de vivir de los tártaros é isleños del archipiélago del Norte, con el tenor de vida y usanza de estos indios, en especial de los bárbaros del Norte de esta Nueva España á los que les tratan, y mucho más á los que se dedican á la laboriosa tarea de su conver-

(*) Relac. de J. Stælin, inserta en los Mercurios de Abril y Mayo de 1774

sion en las remotísimas misiones de Californias, Monterey, Sonora, Pimerias alta y baja, Tarau-mara, Texas y otras de este continente. Nótese que todas estas naciones sumisas á aquellas misiones, aunque distintas al parecer, son (á mi modo de ver) descendientes de un mismo tronco, como se declarará mejor en el capítulo que sigue, y con la sucesion de los tiempos se han despar-ramado y dividido por aquellas dilatadas regiones del Norte, á las que se han agregado innumerables indios del centro de la Nueva España, Michoacan y Jalisco, quienes, conforme á los progresos de nuestras armas victoriosas, despues de la ruina del imperio mexicano y sujecion de los habitantes de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya, Nuevo México, Texas y otras provincias, se han ido retirando, y con facilidad han vuelto á su antigua barbarie. Aquellos bárbaros oriundos de tártaros, desde sus primeros Monarcas, se fueron congregando en pueblos, comenzando á estimar el oro que ántes despreciaban, adorando ídolos, venerando agüeros, ejercitándose en las armas y sujetando naciones. Se fueron civilizando poco á poco estos indios, y eran obedientísimos á sus reyes y á los oráculos de sus dioses. Cultivóse mucho entre ellos la ciencia de la adivinacion, unos por sueños y otros por lo que creían leer en las estrellas; muchos por el vuelo de las aves;

los más por las entrañas de los animales que sacrificaban, y tenían grandes hechicerías, pues eran muy diestros en el arte diabólico de la magia, siendo en todo esto muy conformes con las supersticiones y vanas observancias de los romanos, griegos, persas y otros orientales. Sus leyes fueron de las más arregladas á la razon natural que gentiles han tenido, ni otros preceptos (fuera de los de nuestra fe católica) les han igualado. Eran muy rígidos en la aplicacion de las penas, y cuidadosos en destruir los excesos. Las penas eran, ó castigo afrentoso ó muerte cruel: Moria el que hurtaba; ahogaban al que mentia; despeñaban al adúltero; despedazaban al homicida; afrentaban al sensual, y moria con toda su familia el traidor. Asi vivian estos naturales, tolerando el yugo tiránico y supersticioso del soberbio Emperador Moctezuma cuando entró el Evangelio, que dió forma á la verdadera virtud, mediante la destruccion de la gran ciudad de Tenochtitlan y ruina de todo el imperio mexicano. No quède por discurrir cuántos años há que se pobló de tártaros, lapones y noruegos este mundo occidental: el año de mil setecientos cincuenta y uno, después del diluvio, se hizo la division de las gentes, y el año de mil novecientos treinta y uno, dice Tornielo (citado por el padre Calancha, que con tanta solidez hace valer su opinion, y gus-

tosos la sigo, fundado en sus razones y en las que me suministran los nuevos descubrimientos), que este medio mundo se pobló, doscientos setenta y cuatro años después del diluvio, tiempo sobrado para poblar dos mundos en tiempo fecundo y en tierras seguidas con las que le cupieron á Jafet, donde en año y dos meses y medio se pudo llegar desde las tierras del Norte de la Nueva España, caminando cada dia siete leguas, hasta Lima y adelante, y poblar este nuevo orbe. En el capitulo siguiente veremos el orden y modo de esta poblacion en lo que corresponde á la Nueva España.